

La enseñanza de Jesús no era, por tanto, sino la de los profetas respecto al Reino de Dios y respecto al mismo Mesías; mas á aquellos á quienes el error cautiva y á quienes la pasión conduce, no quieren ver nada fuera de lo que acaricia á la pasión y halaga al error. La verdad no les alumbra, ella les irrita; ellos no miran más, ellos se ciegan; llevados de la cólera, ellos no tienen otra inspiración que la violencia; ellos anatematizan, ellos excomulgan, ellos lapidan y ellos matan.

Exasperados por las palabras del Profeta que les juzgaba indignos de ser testigos de esas señales, exasperados por su lenguaje respecto á los paganos y al pueblo santo, los Nazarenos se levantaron. Con desprecio de su ley, sin juicio preliminar, sin consejo, ellos le arrojan de la sinagoga, le empujan lejos de su ciudad como á un excomulgado, y en su fanatismo, ellos quieren precipitarle desde lo alto de una roca de la montaña.

¿Cómo escapó Jesús de este alboroto? Una fuerza divina le guardó. El Evangelio le muestra en medio de esos energúmenos, tranquilo y dulce. Ninguno extiende la mano sobre él, todos se apartan, y él pasa. Nadie tiene poder sobre Jesús. El Espíritu que le llena le preserva. El va á donde él le lleva, á través de la humanidad frecuentemente conjurada, pero siempre impotente, si él no se entrega por sí mismo á los golpes.

El dejó á Nazareth, y debió llorar por ella, porque si nada le daba más alegría que la confianza, nada le entristecía más que la incredulidad.

Esta es la suerte de los dulces y de los humildes, el ser despreciados y perseguidos. El tomó, á través de la montaña, el camino del lago, por Caná y el llano de El-Batouf, y se dirigió hacia Capharnaum.

¹ Luc., IV, 30.



CAPITULO II.

JESÚS EN CAPHARNAUM.

El lago de Genezareth, es la joya de la Galilea. No es un zafiro siempre azul; sus aguas se parecen al ópalo de cambiantes reflejos. Las montañas le forman un engaste de hermosa cinceladura. Al Occidente, las alturas grises de Safed, las rocas escarpadas del ouady Hammar, Koroum-Hattin, la cima de Arbel, los montes de Tiberiades; al Oriente, las últimas pendientes todas verdes que descienden, ondulando, del alto país de Gaulan, y que se enderezan algunas veces para caer á pico; al Norte, las colinas de Korazin, y por el otro lado, el gran Hermon, deslumbrante de nieve,—cierran el horizonte por todos lados. Ese círculo inmenso no se entreabre sino al Sur para formar el valle del Jordán y dar paso al río. El cielo del Medio día rodeado por las masas azulosas y vaporosas de los montes de Bercan y de Adjloum, es de una blancura de plata.

Los volcanes han agitado á esas montañas y á esas colinas, como han sacudido las regiones de la mar Muerta. Los trozos

negros de basalto que ellos han vomitado se ven por todas partes. Y sin embargo, ¡qué contraste entre la mar Muerta y la mar de Tiberiades! La una es un abismo, la otra una copa; la cólera de Dios parece cernirse sobre la una, y el amor de Dios sobre la otra. Aquí, una tétrica, una espantosa desolación; allá, una tranquila serenidad.

El lago se alarga en punta del Norte al Sur, midiendo más de veinte kilómetros; él se dilata hacia la ribera occidental que describe un vasto semicírculo desde el montículo de Medjel hasta el promontorio de Khan-el-Minich; su mayor longitud es de tres ó cuatro leguas; él dibuja un óvalo irregular.

Cuando el cielo allí se refleja, deslumbrante de blanca luz, él también parece blanco, semejante á la nieve del Hermon.

La vista no distingue en donde termina el lago y en donde el cielo comienza. Las colinas de las dos riberas suavizan, al alejarse, sus aristas y su tinte. Las más próximas se colorean de un violeta obscura, las más lejanas de un azul pálido. En la noche, después de la puesta del sol, el lago parece adormecido; sus aguas, sin ondas, congeladas, tomando tintes metálicos. Visto por su latitud, se confunde con la tierra: una línea brillante como una lámina de acero marca la ribera. Las colinas se reflejan vagamente en anchas bandas violáceas, onduladas sobre un fondo verde. Por instantes un soplo baja de la montaña y riza, sin turbarla, la hermosa balsa inmóvil; esto es como un rumor. A medida que el día decrece, los colores del lago se borran poco á poco y se pierden en un gris violeta, como el cielo. A la salida de las estrellas, la brisa refresca, la ola cabrillea sobre las playas, acaricia las espesuras de los laureles rosas y agita los grandes cañaverales. El lago se despierta y habla; su murmullo es de una dulzura infinita. Los antiguos, según se dice, le hablan llamado Kinnerot, porque tenía la forma de una arpa, el "Kinnor" de los Hebreos. El tiene la armonía.

Veinte ciudades, en otro tiempo, cuando Jesús navegaba sobre sus aguas, ahí se bañaban,—Capharnaum, Bethsaida, Mej-

del, Julías, Kersa, Gamala, Tarichea, Hippos, Kufeir. Las caravanas llenaban los caminos en derredor del lago, y descendían por los ouady Hammar, El-Armud, El-Nashi, de Saida, de Tyro y de Akra, y por los ouady Zukeif y Zemmak, de Damasco, de la Gaulonitida, de la Iturea, de la Trachonitis y del Hauran.

Actualmente, Tiberiades es la única ciudad en pie, con dos ó tres miserables aldeas de fellahs. Por todas partes ruinas, montones de piedras brutas ó talladas que no han guardado del pasado sino el nombre.

Llegada la noche, sobre la ribera occidental, los fuegos cintilan; son los fuegos de los Beduinos acampados en los bosques de sidra, entre las altas yerbas. Nada de caravanas: no se ve desfilar sino á los camellos de la tribu nómada, llevando á través de los campos á familias enteras, con las mujeres y los niños acurrucados sobre las tiendas enrolladas.

Ahí, á orillas de esta mar predestinada, fué á donde Jesús, arrojado de Nazareth, vino á pedir un refugio.

Una de las ciudades más animadas por el paso de las caravanas fué Capharnaum. Ella estaba situada al viento norte del lago, un poco más cerca de la ribera occidental que de la embocadura del Jordán, á la entrada del ouady Nasif, á lo largo de la ruta que conduce á Damasco por la Gautonitida, y sobre las pendientes dulcificadas que descienden hacia el lago de las alturas de Safed. Las casas se avanzan hasta la playa. Pequeñas caletas servían de puerto á las barcas de los pescadores. La industria de la pesca allí era muy activa. Jerusalem tenía un mercado especial á donde los barqueros del lago venían á vender su pescado seco. Es difícil decir cuál era la cifra de la población de Capharnaum. Como ella era ciudad fronteriza de la tetrarquía, ella tenía un cerro de murallas, una centuria, una

oficina de peaje y de aduana. Los habitantes se jactaban de su sinagoga, construida por la munificencia de un centurión.

De la ciudad de Jesús no quedan mas que ruinas informes, amontonadas, sepultadas bajo la tierra. Las ruinas cubren una superficie de un kilómetro de largo por cuatro ó quinientos metros de ancho, lo que denota una pequeña ciudad. El nombre, también él, ha medio desaparecido. Capharnaum no es sino Tell-Houm.¹

Cuando se recorren esos otros que se asemejan á las tumbas, cuando se siguen esos muros arrasando el suelo, es imposible reconstituir la antigua ciudad. La sinagoga sola es reconocible por sus soberbios restos. Sus grandes asientos de calcarea pulido han quedado en su lugar. Se pueden medir las dimensiones del edificio, contar las cuatro hileras de columnas que la dividían interiormente en cinco naves. He aquí el dintel de la gran puerta, la señal de los goznes, los cornizamientos, los fustes de las columnas, los pedazos de friso, las hojas de acanto de los capiteles.

Verosimilmente, allí mismo fué donde Jesús se dejó ver, en donde habló todos los sábados durante varios meses. Muy cerca, y apoyada sobre el muro oriental de ese monumento, se reconoce otro edificio de fecha más reciente; ésta es sin duda la iglesia erigida por el Judío convertido Josefo, en tiempo de Constantino, sobre el lugar de la casa de Pedro que fué la morada de Jesús.

Los siglos y las revoluciones han pasado sobre Capharnaum, dando cumplimiento al anatema que el Profeta de Galilea le lanzó por no haber reconocido la salvación que él le llevó con la dulzura de su advenimiento. La ciudad infiel ha desaparecido; el lago, la naturaleza, el cielo, no han cambiado. Esas son las mismas colinas que Jesús subió solo ó con los suyos, para orar y para hablar al pueblo; los mismos senderos que él ha seguido; las mismas piedras blanqueadas por la onda en donde

¹ Véase el apéndice D: Autenticidad del asiento de Capharnaum.

él reposó; las mismas riberas cubiertas de rosas-laureles y de agnocastos que él ha recorrido. Es el mismo horizonte: al poniente, hacia el llano verde de Gennesar, he aquí el valle de Ramiers, de rocas escarpadas y rojizas, por el que vino de Nazareth, y el Montículo de Medjdel con su torre arruinada, quizá la antigua morada de María-Magdalena, más cerca al lado de Capharnaum, Bethsaida, la patria de sus apóstoles los más queridos; al oriente Julias y los montes solitarios en donde, por la primera vez, él multiplicó los panes; el país de los Gerazeanianos, y Kersa en donde él arrojó á los demonios; al sur, el lago sin riberas, el cielo inundado de luz.

¿En qué condiciones se efectuó la huida de Jesús á Capharnaum? ¿Fué acompañado de su madre y de los miembros de su familia? ¿Se detuvo en Caná? ¿Llevó consigo á algunos discípulos? El silencio del Evangelio no permite afirmar nada. Lo que importa observar, es que, arrojado, repudiado por los Nazarenos, Jesús continuó resueltamente su grande obra.

En esta misma fuga, él comenzó á unirse con lazos más estrechos á los discípulos que debían trabajar con él.

Hasta ese momento, ellos no iban siempre en su séquito. Después de haberle acompañado en sus viajes á Jerusalem, ellos volvían al lado de sus familias y á sus trabajos. Al regreso de la fiesta de los Purim, mientras que Jesús se dirigió á Nazareth, sus discípulos se habían separado, cada uno había tomado el camino de su país.

Al llegar á las orillas del lago, hacia Bethsaida, Jesús vió aumentar á la multitud en pos de él; ella se lanzaba, dice un Evangelio,¹ para escuchar la palabra de Dios. Como él costea la ribera, apercibió dos barcas de las que habían bajado los pescadores y lavaban sus redes. Una era de Pedro; él subió allí, y desde encima de la barca, él enseñó al pueblo que había quedado en la ribera

¹ Luc. V. 1.

Quando él hubo terminado:—“Avanza mar adentro, dijo á Simón, y arroja las redes para pescar.”—“Señor, respondió Simón, nosotros hemos trabajado toda la noche sin tomar nada, pero por vuestra palabra, yo arrojaré la red.

El la arrojó, y ellos cogieron una cantidad tan grande, pues que la red se rompió. Ellos hicieron señal á sus compañeros que estaban en la otra barca de venir á ayudarles. Aquellos llegaron, y llenaron las dos barcas, al grado que ellas amenazaban sumergirse.

Al ver esto, Simón cayó á los piés de Jesús,—Retiraos de mí, Señor, le dijo, porque yo soy un hombre pecador.

Toda el alma de Pedro está en esta palabra: espontanea y franca, ardiente y desinteresada. Ellos están en el estupor, él y todos sus compañeros, á la vista de pezca semejante. Santiago y Juan, hijos de Zebedeo estaban allí, Jesús dijo entonces á Simón:

—“No temas; en lo venidero, son hombres los que pescarás.”

La exclamación de Pedro le había conmovido. El hombre que reconoce su indignidad crece delante de Dios. Al confesarse pecador, Pedro confesó la santidad de su Maestro. Ese sentimiento de su pequeñez y de la grandeza de Jesús le mereció el ser iniciado á su elevado destino. No creer en sí, he aquí la primera condición para ser un apóstol.

“El se adelantó un poco más lejos y vió á Santiago y á Juan—su hermano, que acomodaban sus redes en una barca. El les llamó, y dejando las redes y á su padre Zebedeo en la barca, con los mercenarios, ellos le siguieron.”¹

Se ven aparecer los primeros bosquejos de la obra pública de Jesús.

En ese organismo viviente que será su Iglesia visible, lo que se manifiesta desde luego, es el apóstol. Esa adhesión de los hombres á su doctrina, á su ley, á su persona: he aquí la

¹ Mateo XIII, 18-22; Marc., I, 16-20.

obra á la que él convida á sus discípulos. En un primer llamamiento en las orillas del Jordán, él les había atraído cerca de él, sin decirles á donde les llevaba; hoy, les da conciencia de su gran destino con esta palabra de un simbolismo sorprendente, como Jesús les amó: Pescadores de hombres.”

La pequeña mar de Galilea, es el mundo; los cuatro pescadores de Bethsaida, he aquí á los primeros de esa legión de apóstoles que arrojarán la red á la humanidad. El plan es inmenso; los obreros no son nada, pero Jesús les llama, y como Dios, á quien llama su Padre, ha criado al mundo de nada, también él le salvará con nada. Es preciso que la nada del hombre atestigüe la fuerza de Dios.

Jesús, acompañado de sus cuatro discípulos, llegó á Capharnaum.²

El no era allí un desconocido; allí había echo una corta aparición, antes de su primer viaje á Jerusalem por la primera Pascua de su vida pública.³ Algunos meses más tarde, la curación del hijo del intendente del tetrarca Herodes le había hecho célebre.⁴ Los profetas habían anunciado que la voz de Dios luciría sobre las orillas de esta mar en donde Capharnaum estaba situada, en los confines de Zabulón y de Nephtháí.

Era un día de sábado. Jesús, con sus discípulos, se dirigió á la Sinagoga y allí predicó. La impresión fué extraordinaria. El sobresalía sobre todos los maestros, los Fariseos y los Escribas. El no invocaba, á su manera, la autoridad de los ancianos, él no se reclamaba ni de Hillel ni de Sehammái, él se afirmaba á sí mismo y se aplicaba con una autoridad soberana, la palabra de los profetas; eran tales su fuerza y su persuasión que en despecho de la novedad, todos esos esclavos de la fórmula no resistían al encanto que se desprendía de su persona.

¹ Mat. IV, 14; VIII, 14-17; Marc., I, 21-30; Luc., IV, 31-44.

² Véase el lib. II, cap. V.

³ Véase el lib. II, cap. VI.

⁴ Isaías, IX, 2.

Un incidente inesperado vino á provocar en Jesús la actividad de una potestad nueva y aumentar aún la admiración de la multitud.

Se hallaba en la asamblea un hombre poseído de un espíritu inmundo que repentinamente gritó á grandes voces é interpe-
lando á Jesús:—¿Que hay de común entre tú y yo? Jesús de Nazareth, déjanos. ¿Has venido para perdernos? Yo se quien eres, el Santo de Dios.

Jesús le amenazó.

—“Cállate”, le dijo, “sal de este hombre.”

El demonio le agitó violentamente, le derribó en tierra, en medio del pueblo, y salió de él, lanzando un gran grito, sin hacerle ningún mal.

Un estremecimiento de espanto, mezclado de estupor, corrió en la asamblea. Todos se preguntaban: ¿Qué es esto? El manda con potestad, hasta á los espíritus inmundos, y ellos salen.¹

Esta escena es la primera traída por los documentos evangélicos en donde se manifiesta la autoridad soberana de Jesús sobre el espíritu malo que tiraniza invisiblemente á la humanidad y que posee visiblemente á ciertos hombres.

En su tentación, el le había vencido por él mismo; por sus exorcismos, él va á dominarle en los demás. Semejantes hechos no deben ser ni suprimidos ni atenuados, ellos piden ser explicados; porque ellos se refieren á la gran cuestión del mal, y no se podría comprenderlos, en el sentido evangélico, sin escuchar sobre este punto las enseñanzas de Jesús.

Ningún ser está aislado en la inmensidad de las cosas; todos están unidos por invisibles cadenas. Esas relaciones secretas, profundas, constantes, establecen la unidad orgánica y viviente del universo. La materia está bajo el imperio de la fuerza desconocida que preside á las transformaciones, á las metamorfosis á los agrupamientos y á las evoluciones; los espíritus se agitan en derredor de aquel que es la fuente y el foco de su ac-

¹ Marc., I, 23-27; Luc., IV, 33-37.

tividad intelectual y libre: los unos encadenados por el amor y la voluntad soberana de quienes ellos ejecutan la ley; los otros arrastrados lejos de ella por la rebelión, en el desorden y el odio. Entre el universo físico y el universo espiritual están las almas; ellas forman una región intermediaria que toca á la materia, puesto que ellos la animan, y al Espíritu, puesto que ellos reciben un impulso directo. Ese reino es el del hombre: él es el punto de convergencia universal. Todo lo que existe viene á resonar en él. El alma está bajo la prisión de la materia y del espíritu; ella es capaz de unirse á la una, que ella transforma, organiza, vivifica, y de quien recibe todas las gradaciones; ella está al mismo tiempo, abierta á la acción misteriosa del otro, porque el Espíritu de Dios puede descender en ella, comunicarle su impulso, su verdad su atracción, y los espíritus criados, buenos ó malos, pueden contraer con ella afinidades secretas, según que ella deje prevalecer el mal ó el bien, en su conciencia.

Lo mismo que los cuerpos atraídos por un centro común que rige y sostiene sus movimientos, forman un sistema, una especie de familia y de mundo, igualmente los espíritus libres, sufren una atracción común, se impacientan y llegan á ser una especie de organismo místico. Se llama atracción la potestad física que reina sobre la materia; la potestad de atracción de los espíritus, es el amor y la voluntad.

Toda filosofía que pierde de vista ese vasto conjunto mutila á la naturaleza, desconoce el juego de su vida, la grandeza de los fenómenos de que ella es el teatro, y su prodigioso destino.

Según la doctrina de Jesús, el mal no es solamente un hecho humano que tiene su origen en la voluntad mala y en la herencia, su ocasión en la fragilidad de la carne, su castigo en las enfermedades y los dolores físicos; es un hecho trascendental á la especie que se refiere en último análisis al mundo superior de los espíritus. El mal del cual es presa la humanidad,

tiene su causa primera en sus sugerencias, él es una resultante de lo que se ha cumplido en sus esferas invisibles. El hombre no es solamente una naturaleza terrestre, sujeta á las pasiones, una voluntad egoísta y soberbia que tiende á preferirse á todo; el hombre es un espíritu de orden inferior, entregado á las influencias pérfidas y perversas de los espíritus mayores que él.

Jesús y sus apóstoles han enseñado claramente la existencia de Satanás y de los demonios, y su influencia sobre el hombre. Jesús habla frecuentemente del Tentador. El le llama *ὁ Διςβολος* (el Calumniador), *ὁ Πονηρός* (el Malo), *ὁ ἄρχων τῶν ἀλασπίων* (el jefe de los demonios), *ὁ Ἐχθρός* (el enemigo), y *Βαλζεβουθ* Baal-Zebud, nombre de la divinidad philistina que los Judíos daban al jefe de los demonios, y *Σατὰν ὁ Σατταῖς* (Satanás), y *Ἀρχὸν τῶν πνεύμων τούτων* (el Señor de este mundo). El hace alusión de él en el sermón de la montaña,¹ en la oración dominical,² en sus parábolas,³ en sus discusiones con los Fariseos.⁴ Este es el fuerte ejército que él viene á sujetar y perseguir; él le atribuye los grandes crímenes, la incredulidad de los Judíos, la traición de Judas, la ceguedad de los paganos, las enfermedades crueles, las obsesiones y las posesiones.

La existencia de los espíritus malos, su intervención histórica en la cadena de los acontecimientos es una verdad tradicional que se halla en todas partes, en todas las razas primitivas, semita, arya, tureniana, en todos los estados de su civilización. Ella forma parte del patrimonio y de la conciencia misma de la humanidad; hay ligereza y sencilla jactancia en no ver en ella mas que el producto de la ignorancia ó de la tontería, de la bellaquería ó de la credulidad.

En oposición de ese testimonio universal que comprende á la humanidad entera,—todas sus religiones y todas sus filoso-

¹ Mat., V, 37.

² Mat., VI, 13.

³ Mat., XIII, 19.

⁴ Mat., XII, 24.

fías, todas sus tradiciones y todas sus doctrinas, los nombres más grandes en la poesía, la ciencia y la piedad,—no se ven más que tres sectas: entre los paganos, los Epicureos y los Cínicos; entre los Judíos los Saduceos. A ellos es á los que se liga la crítica materialista y panteísta moderna y á esa filosofía que, al reconocer un Dios personal, le ha aislado de este mundo, tratando la evolución de la humanidad entregada á sus solas fuerzas, como si Dios no existiese: ateísmo eufónico que asegura á los sencillos, evitando las negaciones brutales, y que llega al mismo resultado que el escepticismo ó el ateísmo más decisivo.

Esta última negación, que no data sino de siglo y medio, no descansa sobre ningún fundamento serio. Ella está producida con el arte de las afirmaciones audaces, lisonjeando nuestro horror secreto de lo invisible y nuestro desdén del testimonio de otro. ¿Alguna vez se ha probado que los espíritus no existen? y si ellos existen, ¿que ellos no intervengan en el mundo de nuestras sensaciones, de nuestras inclinaciones, de nuestras imaginaciones, de nuestras pasiones, de nuestros sueños? La ciencia sin Dios, materialista y panteísta, ha decretado audazmente que todos los fenómenos extraordinarios cuya narración llena la historia: encantos, adivinación, encantamientos, evocaciones, fascinación, maleficios, sortilegios, posesiones, no eran más que un delirio de la ignorancia, de la imaginación ó de los fenómenos de nevrosis, de historia, de sonambulismo ó de magnetismo natural; ella jamás lo ha probado. Ninguna nevrosis explica á los cuerpos suspendidos en el aire contra la ley de la gravedad, la vista de las cosas ocultas, la predicción de los acontecimientos futuros, el conocimiento de las

¹ "Entre Dios y los hombres, enseñó Platón, es preciso reconocer el mundo invisible de los espíritus. Ellos conservan la armonía de esas dos esferas. Ellos son el lazo que une al gran todo. De ellos es de donde procede toda ciencia adivinatoria, y todo el arte de los sacerdotes, relativamente á los sacrificios, á las indicaciones, á los encantamientos, á las profecías, á la magia. Porque Dios no se manifiesta inmediatamente al hombre, sino por el intermedio de los demonios. El que es sabio en todas estas cosas es verdaderamente un hombre inspirado." (Platón, el Banquete).

lenguas extranjeras sin que el sugeto las haya aprendido. Ninguna negación prevalece contra esos hechos. Ellos existen, documentados, patentes, y ellos desafían á la ciencia que rehúsa reconocer la intervención de seres inteligentes, superiores al hombre. El Charlatanismo, la credulidad, la superstición, ciertamente han tenido en esos fenómenos una gran parte; pero al hacerla tan lata como lo debe una crítica sensata, queda como innegable que semejantes causas no bastan para explicar, y que sólo el partido tomado se permitirá recusar.

La negación, decisiva bajo aires tranquilos, cubre mal la timidez de los que la prodigan.

La historia del paganismo no es sino la lúgubre manifestación de las obras satánicas. Los errores y las tinieblas que dividen á las inteligencias y manchan las conciencias, los vicios horrorosos que devoran á las civilizaciones enteras, las pasiones que materializan al ser humano y le ocultan bajo esta tierra en donde no halla sino el dolor y la muerte, revelan la acción incesante del espíritu del mal, del príncipe de ese mundo; de él y de sus legiones surgen los cultos degradantes, voluptuosos y homicidas, que son los instrumentos de la decrepitud pagana. El seductor misterioso, después de haber inducido á la rebelión á la primera pareja humana, continúa su obra á través de las edades, y esta obra de homicidio y de egoísmo, de orgullo y de voluptuosidad, de violencia y de astucia, de servidumbre y de muerte, creció y cubre á la tierra, encadenando en un círculo fatal la multitud de los pueblos, de las civilizaciones y de las razas. Esto es como un diluvio. ¿En dónde estará el arca?

No basta para librar á la humanidad, el comunicarle una fuerza curativa que apague sus pasiones, reanime y justifique su voluntad: es preciso prevenirla y libertarla; prevenirla contra las seducciones del Malo, y libertarla del yugo con que él la abruma. ¿Cuál será esta fuerza?

Ciertamente, está en el poder de todo ser inteligente y li-

bre comunicar su alma con su palabra, é imprimir por toda su vida en los que se le acercan el impulso de su espíritu: este es el dón más grande y la más alta potestad que han sido repartidos á una criatura; ¿pero qué cosa es este espíritu? Una energía limitada, una luz mezclada de tinieblas, una voluntad corta y frágil, pasiones mal contenidas y desordenadas.

De ahí, la impotencia del hombre para regenerar al hombre: al comunicarse, él mismo trasmite el mal de que él mismo está infestado. El espíritu de Dios, solo, siendo superior al mal, puede obrar la redención humana; él estaba plenamente en Jesús, y Jesús ha sido el verdadero, el único Salvador.

Esta fué una de las funciones más populares del Mesías. Las preocupaciones, en verdad, la habían disminuido y restringido, como ellos habían aminorado y desfigurado al héroe mesiánico. En esta obra, nunca se trató sino de la nación y de la raza elegidas. Era asunto del Judío, jamás del hombre, del pueblo más que del individuo. Tal era el exclusivismo de esta raza extraordinaria, que todo el resto de la humanidad desaparecía ante ella, y que el mismo individuo parecía absorbido por la unidad superior de la nación. Las palabras de salvación y de libertad mesiánicas no tenían sentido sino bajo el punto de vista de la autonomía nacional y religiosa del pueblo. Una nación independiente y victoriosa; un culto libre, respetado, universalmente reconocido: todo se detenía ahí por ella.

Nada estaba más lejos del pensamiento de Jesús. Aunque enviado desde luego á los Judíos, él se sabía el Mesías de la humanidad. Es al hombre y no al Judío á quien quiere salvar y libertar; y hasta al revelarse á los Judíos, es al hombre á quien habla, al ser libre y consciente, al individuo, al alma, á eso que hace á todos los humanos iguales ante Dios. Ahí está su grandeza y su universalidad.

La obra de salvación del hombre implica también dos elementos: el uno negativo, la emancipación del espíritu del mal, cuyas manifestaciones ordinarias y los instrumentos, se hallan en el mundo entregado á su imperio, en nuestra voluntad de-

bilitada, desorientada, y en nuestras pasiones desarregladas; el otro, positivo, la comunicación efectiva del Espíritu de Dios ó del bien. Al penetrar en el ser humano, en lo más profundo de su alma, ese espíritu le ilumina y le atrae, afirma la voluntad, apaga los instintos, establece al hombre todo entero en la verdad y la virtud, en la calma y el equilibrio del orden. Velado hoy bajo una carne que debe sufrir y morir, él se revelará un día, cuando aparezcamos inmortales, transfigurados, gloriosos, absorbidos, pero no confundidos en la vida de Dios mismo, en su luz, su amor y su belleza.

Esta función de libertador y de salvador, en el sentido más profundo, más espiritual, más místico de la palabra, ha quedado sin ser comprendida y naturalmente despreciada por los historiadores que han querido interpretar la vida de Jesús, alterando los documentos al antojo de una crítica materialista, panteísta, escéptica y racionalista.

Los endemoniados curados por Jesús, los demonios, el jefe de los demonios, Satanás,—cuyo papel es esencial en la historia de Cristo, y que no se pueden suprimir sin desnaturalizarla,—han sido el objeto de grandes discusiones críticas. El Evangelio está lleno de cosas que desconciertan á la razón, la desafían y algunas veces la irritan. Los hechos diabólicos no son los más chocantes, pero ellos mortifican á cierta filosofía moderna que no ve en la creencia en el demonio, sino una superstición vana, en los endemoniados mas que enfermos; y como Jesús creía en el demonio y le arrojaba del cuerpo de los poseídos, los últimos críticos no tienen temor de acusar á Jesús de haber participado de las supersticiones de su tiempo y de su país. El ha creído, dicen ellos, arrojar á los espíritus de los que se creían atormentados los pobres locos; él no ha hecho más que encantarles.

Conclusión ofensiva para aquel que en nada ha sufrido ni aceptado las ideas falsas que separaron la opinión; teoría arbitraria, por lo demás, porque la filosofía jamás ha probado

que los espíritus no existan, y la ciencia nunca ha establecido que la posesión no fuera sino una enagenación mental. Antes de acusar á Cristo de superstición, convendría demostrar que los demonios, de quienes ha admitido la existencia y que él ha exorcisado, no eran más que un sueño de la fantasía judía.

La tranquila y siempre injuriosa afirmación de algunos críticos ante la creencia universal, puede ser desafiada.

Algunos, queriendo salvar la sabiduría de Cristo del naufragio en el que la teoría que niega á los demonios le haría zozobrar, han imaginado el sistema de la acomodación. Jesús no creía en Satanás ni en las legiones de ángeles malos; si él ha hablado de ellos, si él ha tenido el aspecto de arrojarlos, fué para acomodarse á las ideas y al lenguaje del pueblo. Expediente torpe: se pretende guardar intacta la sabiduría de Jesús, y se sacrifica su rectitud, la sencillez, la lealtad de su carácter; nada está en desacuerdo más violento con la manera de Jesús. Imposible de desconocer, de rebajar, de deprimir más y de mejor disfrazar un fenómeno de tan gran fuerza.

Negar al demonio, es negar el origen sobrehumano del mal; negar su intervención constante en la humanidad, es negar la causa más poderosa de nuestra corrupción; negar la posesión, es negar la manifestación más enérgica del Tentador que nos esclaviza; negar las curaciones de esos seres encadenados por el Malo en sus movimientos y sus facultades sensibles, es negar uno de los poderes divinos de Cristo.

Esos errores son fatales; ellos conducen á la negación de Jesús y de la obra mesiánica.

Cuando se penetra en lo más íntimo de la conciencia de los santos, cuando se observa la vida de esas almas heroicas que han caminado en pos de las huellas de Cristo y heredado su espíritu, se las ve en lucha constante, no solamente contra el sentido y el egoísmo, sino contra los espíritus malos cuyos asaltos furiosos no cesan de perturbarles sin poder reducirles.

La masa de los hombres no conoce sino las obras de Satanás. El espíritu del mal, para seducirles, no tiene más que

desencadenar las tempestades de la pasión, las codicias del egoísmo y los torbellinos del orgullo ambicioso; está reservado á los santos luchar á ejemplo de Jesús, contra las potestades tenebrosas del mal,—esas fuerzas maliciosas, espirituales¹ á quienes, desde el origen, el mundo ha sido entregado.

Ahí hay toda una psicología superior que es el comentario vivo del Evangelio, y qué no es dado á la crítica ruda el comprender. Ese dominio le está cerrado: que ella la niegue con aspecto soberbio, sus negaciones importan poco; los santos viven, y llenan la historia; en ellos es donde es preciso mirar para descubrir lo que no sospecha la ciencia limitada del hombre animal.

Todos esos sistemas de ateísmo y de fatalismo falsean ó destruyen la verdadera noción del mal; y por lo mismo, ellos son impotentes para penetrar á aquel que se decía sin pecado y el único capaz de vencer al mal. Cualquiera que los sufra no conoce ya la gran conmiseración para el hombre abrumado por sus vicios, él no escucha el inmenso gemido que sale del pecho jadeante de la humanidad, él no espera ya en la redención universal. El alma del Redentor permanece para él impenetrable. El exaltará en su vida con complacencia, sus enseñanzas, sus preceptos morales; este es el único elemento al que le es dado llegar,—aquel por el cual los moralistas pueden parecérselo de lejos, pero no aquel por el cual Jesús supera á todos los maestros y los domina á todos. Promulgar el bien está en el poder del sabio; mandar á los espíritus no pertenece al hombre; ahora, á este precio es como se puede salvar y libentar al hombre. Jesús tenía esta potestad: él levanta al alma, su palabra aleja al espíritu malo que la tiraniza, ella triunfa de esas sugerencias, rechaza sus asaltos y comunica al creyente con la luz, el espíritu de fuerza que arrastra á la voluntad en la misma de Dios.

He aquí los hechos de los que el Evangelio da testimonio.

¹ Efs. VI: 12.

Despreciarles es quitar á Jesús su carácter el más original, es rebajarle al nivel de los sencillos filósofos de la Grecia ó de Roma, ó de los rabbis de Judea. No basta arrojar una mirada sobre la demonología de los Judíos en el primer siglo y sobre las prácticas supersticiosas de sus exhorcistas, para repeler una ofensa semejante á su grandeza, y para medir cuanto sobrepasa, en este punto como en todo, el nivel de su tiempo.

La existencia de los espíritus, ángeles ó demonios,—criaturas superiores al hombre, intermediarios entre Dios y él,—es una de las ideas familiares á la religión judía. Se ha pretendido que esta doctrina tenía por origen á la Chaldea y á la Persa, y que ella databa del destierro de Babilonia.

La historia prueba la falsedad de semejante aserción. Los documentos más antiguos de la religión de Israel, mencionan á los ángeles. Ya es un ángel que consuela á Agar en el desierto,¹ un ángel que anonada á Sodoma y salva á Loth,² ya son ángeles que Jacob dormido ve subir y bajar por la escala misteriosa.³

La mayor parte de los libros posteriores al Génesis están llenos de pasajes análogos en donde se trata de esos espíritus superiores á la tierra, y de sus legiones innumerables. Cualquiera desarrollo que haya podido recibir, en el curso de la historia, la fe de los antiguos ha permanecido pura; la creencia en los espíritus jamás ha sufrido menoscabo, y, cubriéndose todo de un velo poético, el dogma primitivo, á través de las supersticiones populares, jamás se ha transformado en leyenda y en fábula.

Los libros anteriores al destierro, también ellos, frecuentemente y en muchas ocasiones, han representado á los ángeles bajo los colores más ardientes de la poesía: el querubín con la espada de fuego que guarda la entrada del paraíso,⁴ el ejército

¹ Génes. XVI: 7

² Génes. XVIII.

³ Génes. XXVIII: 12.

⁴ Génes. II.

de los cielos que en la visión de Miqueas, rodea el trono de Dios;¹ Satanás que interviene en el consejo del hijo de Dios y que trata con Jehovah de la tentación de Job.²

La creencia en los demonios, en los ángeles, en los espíritus, era popular entre los Judíos. Solo los Saduceos no participaban de ella; estos fueron los Epicureos de ese pueblo. No solamente la existencia de los demonios estaba admitida; sino que se creía en su influencia y en su intervención en la vida. Muchas enfermedades y dolencias venían de ellos. Se les llamaba espíritus malos ó impuros, reservando ese último nombre á los demonios que llevaban al enfermo á las tumbas y á los lugares inmundos.³ Decíase de ciertos hombres que tenían un demonio malo ó impuro.

La posesión no podría confundirse con ninguna enfermedad física. Ella no es un desorden orgánico, material, una especie de alucinación ó de enagenación mental, una de las formas de la neurosis, como lo han pretendido los críticos racionalistas, con desprecio de los documentos que la mencionan, ella es un estado particular del alma, un desorden psicológico. La presencia del demonio en ciertos hombres no absorbe, no destruye su personalidad: el yo es indestructible é inviolable. Dios mismo, que podría destruirlo todo, como lo ha creado, no destruye nada, él se ha rehusado el aniquilarlo. La acción Satánica la más violenta no se ejerce en los desdichados que son víctimas, sino sobre las facultades orgánicas, inferiores, sobre la imaginación y los sentidos; la libertad puede ser momentáneamente encadenada, pero ella no pertenece al demonio sino entregándose ella misma.

El poseído está bajo el imperio de un espíritu que le domina, suspende ó paraliza su libertad, le quita el dominio normal de su cuerpo y de sus miembros, habla por su boca y

¹ I Reyes, XXII: 19 y sig.

² Job, I: 6.

³ Talmud Hierosol.;—Errubin, Fol, 42, 2.

perturba su sensibilidad. Los desórdenes que sus facultades manifiestan no tienen por principio un estado enfermizo del cerebro ó de los órganos, ellos derivan de la acción violenta y perturbadora de una voluntad superior. Ellos son un resultado, no son una causa, y por lo tanto, la curación del poseído no depende de la medicina, ella no puede operarse sino por la acción de la acción moral de un espíritu sobre un espíritu.

Verdaderas enfermedades, es cierto, acompañan de ordinario á la posesión.¹ Ciertos sentidos quedaban paralizados á menudo; el endemoniado no veía, no hablaba; estaba sujeto á convulsiones, á crisis de epilepsia.² Pero nada autoriza á confundir á esas enfermedades con la posesión misma. Todo lo que se puede decir, interrogando más de cerca á los textos, es que la turbación llevada á la vida orgánica del poseído dependía quizá de la acción violenta del espíritu que le atormentaba. Tal es la unidad que estrecha al alma y al cuerpo, que las perturbaciones del organismo traen las perturbaciones psíquicas, como las turbaciones del alma engendran los desórdenes orgánicos.

La superstición y la magia se mezclan á esas creencias; ellas siempre han ejercido un gran imperio entre los Judíos. Ellos dan mucha importancia á los sueños; había un arte para provocarles, y una ciencia para interpretarles. Algunos hacían oficio de esta ciencia que era considerada como una de las más nobles, y que, según el Talmud de Babilonia,³ contaba veinticuatro intérpretes en Jerusalem. Ningún pueblo quizá ha tenido en tan gran crédito á los amuletos, á las fórmulas mágicas, á los exorcismos y á los encantamientos.

Los enfermos llevaban suspendidos al cuello sus amuletos; ellos se hacían recitar, para calmar sus dolores ó para dormirse, diversas fórmulas mágicas. Había de varias clases, según las enfermedades: unas eran eficaces para los perros rabiosos,

¹ Mat. IX: 32. Cf. Marc. IX: 17-25; Mat. XII: 22.

² Mat. XVII: 14.

³ Beracoth, fol. 55, 2.

otros contra el demonio de la ceguera. Ellos practicaban los maleficios, los sortilegios, el arte de los adivinos; ellos exigían del Sanhedrino que estuviese versado en astrología, en la adivinación, en la magia, á fin de que pudiera juzgar de todas estas cosas; ellos referían una multitud de prodigios de sus mágicos, y á pesar de la exageración que se mezcla siempre á esos géneros de narraciones maravillosas, es difícil no ver en esos testimonios una vislumbre de verdad.

El exorcismo propiamente dicho estaba en honor. Los rabbis más piadosos se ocupaban de arrojar á los demonios, y algunos llegaban á una gran celebridad.

Su oración más frecuente era el encantamiento, de la que el Talmud nos ha conservado muchas fórmulas.¹ Antes de pronunciarla, el rabbi debía derramar un poco de aceite sobre la cabeza de los enfermos. Aún había, según el testimonio de Josefo,² un libro mágico, el "Sepher Refuot," cuya leyenda atribuye la composición al mismo Salomón. Uno de los talismanes más preciosos, refiere el historiador, era una raíz sagrada llamada "Baaras." Era color de fuego, difícil de hallar; pero su contacto era siempre eficaz: el demonio no la resistía. Los exorcismos eran frecuentes, como el caso de la posesión diabólica.

¿Por qué señales, en esos tiempos, se reconocía al endemoniado? Nada permite resolver esta cuestión con documentos que la apoyen. ¿Por qué los poseídos se habían multiplicado en Palestina, en la época de Jesús? ¿Por qué han cesado ó disminuido después? Cuestiones todavía más misteriosas. La efervescencia de los espíritus, el estado de exasperación de un pueblo que veía oscurecer su independencia, la tensión extrema de sus esperanzas religiosas, esta hora de crisis en las que las pasiones más vehementes tomaban valor: he aquí sin duda las condiciones materiales y psicológicas. Pero las cau-

¹ Sabbat, col. 6, 2; Talm. Babyl., Ioma, Fol, 84; Avodat. Zarah, Fol, 12.

² Antig. VIII, 2.

sas verdaderas están más elevadas que nosotros; era preciso para conocerlas, conocer las leyes que ligan al mundo de las almas al mundo de los espíritus, y penetrar los designios mismos de Dios.

Cuando el espíritu de Dios se manifiesta sobre la tierra, en un punto de la humanidad, el espíritu del mal se insurrecciona y multiplica sus ataques para entorpecer la acción. Esta es una ley de la historia; los más santos entre los hombres, al combatir el mal, provocan indirectamente sus manifestaciones violentas. Ahora, la venida de Jesús, fué la venida del Santo de Dios, la intervención personal del Espíritu en su plenitud divina: ella debía suscitar las más terribles agresiones del espíritu malo y de sus legiones.

Es de notarse, en efecto, que todos los endemoniados de los que el Evangelio refiere la curación maravillosa son arrastrados hacia Jesús por una fuerza irresistible. El espíritu que habla por su boca no deja jamás de proclamar la mesianidad de aquel de quien temen la potestad soberana. Se ha preguntado por qué: esta es una manera de combatir al Profeta; al llamar á Jesús: Santo de Dios, Hijo de David, Mesías, en fin, ellos despiertan en la multitud las ideas falsas que ella anexa á ese título, y sabemos que nada era más propio para entorpecer la acción del verdadero mesianismo. Jesús imponía silencio á esas voces indignas, obedeciendo en esto menos todavía á la repulsión que ese testimonio hipócrita y pérfido le inspiraba, que á la sabiduría y á la reserva necesarias á su obra.

Señor soberano de los espíritus, él los exorcisa; del alma, él la transforma; del cuerpo, él le devuelve el equilibrio y la salud; él no cura al cuerpo sino para salvar al alma, él no salva al alma sino libertándola del Malo, y él no la liberta sino comunicándole el Espíritu de Dios. La curación de los poseídos no es sino un caso particular de la terapéutica divina

de Jesús, uno de los fenómenos más expresivos de su grande obra de libertad.

Lo que llenó de admiración á los Judíos de la sinagoga de Capharnaum, en la curación del endemoniado, no fué el hecho mismo sino la manera con la que se verificó. Semejantes curaciones se velan, á lo que parece, entre ellos, pero ellas provenían de la virtud de las oraciones, de las fórmulas sagradas, de los encantamientos, de las prácticas de sus exorcistas, y sin duda, también frecuentemente, de la complacencia de los espíritus. Jesús no apeló á ninguna fuerza extraña, él no tuvo más que una palabra que decir; él ordena, y el espíritu inmundo se retira, dominado, arrojado por una voluntad superior.

El rumor fué grande en todo el país. Las ciudades del lago y de la montaña se conmovieron por la narración del acontecimiento.

Jesús salió de la sinagoga acompañado de sus cuatro discípulos, y llegó á la casa de Simón y de Andrés, que estaba muy cerca. La suegra de Simón estaba en cama, enferma de una fiebre fuerte. Sus discípulos le pidieron por ella. El se acercó, la hizo levantar, la tomó de la mano; incontinenti la fiebre la abandonó, y ella les sirvió.¹

El suceso de la mañana había puesto en emoción á toda la pequeña ciudad. Por la tarde, puesto el sol y terminado el sábado, se le llevaron á todos los enfermos y á todos los poseídos del demonio. La población se había agrupado delante de su puerta. Jesús curó á muchos enfermos, imponiéndoles las manos. El lanzó todavía á muchos demonios que gritaban: "Tú eres el Hijo de Dios;" y al fustigarles, él no les permitió decir que él era Cristo.

Cuando fué de día, él se levantó muy de mañana y se fué solo, á orar en un lugar desierto. Pedro y los que estaban con él le siguieron de lejos. La multitud había vuelto para buscarle.

¹ Mateo, VIII, 14-17; Marcos, I, 29-39; Lucas, IV, 38-44.

Sus discípulos, habiéndoseles reunido, le dijeron:—Señor, todo el mundo os busca.

—"Vamos á las aldeas y á las ciudades vecinas," les respondió, "á fin de que allí también predique. Para esto es para lo que he venido."

Esa narración llena de vida, de la que copio el texto tan sobrio, tan sencillo, de los Evangelistas, es el cuadro verdadero de un día de Jesús en Galilea. El nos hace asistir al apostolado del Maestro, hora por hora. Podemos seguirle de la mañana á la noche, verle obrar y vivir.

La oración era su primer acto. Antes del sol, cuando todos estaban dormidos, él abandonó la casa y la ciudad, se retiró en reserva, lejos del ruido, lejos de los hombres, buscando la soledad y el silencio para hablar á su Padre en el secreto.

La naturaleza palestina es de un gran recogimiento. La aldea y la ciudad son bulliciosas; pero la campaña es muda; desde que se aleja uno de las últimas casas, es la calma del desierto. Nada de ruido confuso como el que se levanta del mar ó el que se escucha en los bosques. Algunos gritos perdidos, gorgoros de pájaros, relinchos de los animales, cantos de gallo, ladridos de perros; por la noche, gemidos del chacal, y por momentos, clamor de voces humanas. Mas todo esto permanece aislado, discreto, y se pierde en el silencio que domina á lo lejos en los valles y las montañas de Palestina, y se agrega á su inmensa melancolía.

Los discípulos venían á reunirse á su maestro, ellos le hallaron en oración. Entonces comenzaba la obra del día. Ellos iban á las aldeas y las sinagogas á la hora de la asamblea. Jesús evangelizó el Reino de Dios y encantó á la multitud que había acudido para escucharle.

La casa en la que recibió la hospitalidad no tardó en ser invadida. Todos los enfermos del país fueron llevados al Pro-

¹ Marc. I, 29-39; Cf. Mat. VIII, 14-17, Luc. IV, 42-44.

feta: él les curó con una palabra, con una mirada, ó con una imposición de sus benditas manos. Se le apremiaba: la afluencia era tal que él no tenía tiempo para comer.

Algunas veces él regresaba á orillas del lago, más acá ó más allá de la ciudad, y subía sobre una de las barcas de Pedro. La multitud se sentaba á lo largo de la ribera, silenciosa, y él, desde la barca, un poco retirada, hablaba.

A la puesta del sol entraba á su morada, y hasta en la noche era nuevamente asediado por la multitud. Los ciegos, los estropeados, los sordos y mudos, los enagenados, los epilépticos, los que tenían un espíritu malo, todos los dolores y las enfermedades humanas acudían. Jamás ningún hombre vió reunidas en derredor suyo tantas miserias. Nadie ha curado más, y conocido mejor la alegría del beneficio. Su bondad y su compasión eran inagotables; él decía á menudo: "Hay más felicidad en dar que en recibir." Sus días se doblegaban bajo el peso de las obras santas, como el árbol cargado de frutos maduros. Se le invitaba para honrarle y escucharle más cerca. Su conversación, siempre religiosa, estaba llena de imágenes vivas, de razgos inesperados. Las almas sinceras se sentían transformadas á su voz; los pérfidos eran desenmascarados y confundidos.

En la noche, cuando todos se retiran y duermen, él velaba todavía mucho tiempo, consagrando siempre todas las horas á la oración. Las fatigas de su apostolado le hacían vivir; su cuerpo descansaba como su alma en el seno del Padre celestial.

Tal fué la vida de Jesús, en esos días de Galilea que fueron como la primavera del Reino de Dios.



CAPITULO III.

CURACIÓN DEL LEPROSO.—OPOSICIÓN DE LOS FARISEOS EN GALILEA.

El viaje de Jesús por los alrededores de Capharnaum fué de corta duración. Algunos días después le hallamos en la ciudad. Su actividad es extrema; en siete meses evangeliza toda la Galilea y la Decápolis, irá también hasta los confines del territorio de Tyro y de Sidón, y Cesarea de Filipos le verá entre sus muros. En esta primera excursión, él visitó ciertamente á Korazim y Bethsaida.

La una,—Bethsaida,—sencillo caserío habitado por pescadores, era la patria de Pedro. Situada á orillas del lago, en el extremo noroeste, cerca de una pequeña ensenada, á la entrada del llano de Gennesar, ella tenía al abrigo de los vientos del sur, un anclaje excelente. Un hermoso manantial, el Aintine, brotaba en sus puertas. La ruta del Mediterraneo á Damasco la atravesaba en su longitud y se bifurcaba después de haberla pasado. Uno de los caminos costeaba el lago y